



FRATISA

en Tamahú

HOJA INFORMATIVA

Nº 143 – ABRIL, 2024

Obra solidaria de Fratisa (Escuela Bíblica de Madrid) en Guatemala

Tamahú , siempre igual y siempre distinto

Fátima Guzmán

Son ya bastantes las veces que he visitado nuestra misión de Tamahú. Y puedo afirmar –aunque suene a tópico– que en ella acostumbro a toparme con más de lo mismo. Ello no impide, sin embargo, que en cada ocasión surjan retos novedosos que me permiten ahondar algo más en los entresijos de las familias a las que Fratisa ofrece su ayuda. No creo descubrir nada nuevo afirmando que los indígenas suelen ser recelosos y desconfiados. De hecho, me ha costado bastante tiempo abrir el candado que encierra el arcano de sus costumbres y tradiciones. Sería pretencioso por mi parte presumir de haberlo logrado de forma plena. Pero al menos he conseguido que la mayoría de las señoras, tan pronto como me ven, me apapachen con sus abrazos, envueltos en un halo de cordialidad y cariño. Las que hablan español no se hartan de hacerme preguntas, mientras las demás me agasajan con elocuentes sonrisas.



Una de las tres familias visitadas por Fratisa

Me siento incapaz de plasmar en un par de páginas todo lo vivido durante la semana que duró nuestra visita. Fueron días intensos y saturados de emociones. En ellos aprendí a bucear algo más en los problemas de aquellas pobres gentes por las que nadie muestra el menor interés. Es, por tanto, fácil de entender que las comadres se sientan complacidas al ver cómo la “misionera” (así se me conoce en aquellos pagos), además de repartir golosinas a los patojos, entabla animados coloquios con los adultos, mostrándose ávida de aliviar sus problemas. Y estos distan mucho de ser triviales. Así pude constatarlo el día que visitamos a tres familias, previamente seleccionadas, cuyo habitáculo era una perfecta amalgama de hojalatas corroídas y maderas casi putrefactas. Pero, aun así, las familias se sentían dichosas por disponer de un techo bajo el que cobijarse. ¡Cómo agradecieron nuestra visita! Hasta nos invitaron a un brebaje cuyos ingredientes no sabría discernir. Su apacible mirada me invitaba a comprender que la pobreza, si se asume sin amargura, no genera frustración. Y



Oswaldo dice que la próxima vez estará mucho más limpio

es que sus semblantes traspiraban dulzura. Vivían, no sé si felices, pero ciertamente resignados con sus carencias. Seguiremos ayudándolos. ¡Lo necesitan!

Historia de un desencanto

Ocurrió el día de nuestra llegada, cuando nuestro representante, Raúl Leal, nos llevaba desde la capital hasta Tamahú. Tras un par de horas de viaje, avistamos a dos muchachos que, a la vera de la carretera, caminaban en nuestra misma dirección. Su atuendo de caracol (sendas mochilas en sus espaldas) nos hizo pensar que acaso tuvieran algún problema. Deteniendo el vehículo, nos

interesamos por su preocupante situación. Ante nuestra inesperada presencia, sus rostros se aferraron a la perplejidad. Solo al superar la fase de la desconfianza, se convencieron de que nuestra intención era brindarles ayuda. Entonces pudimos percatarnos de que no eran mudos. Con mucha cautela y bastante renuencia, nos hicieron partícipes de sus desventuras. Trataré de resumirlas.

Unos cuatro días antes, tras reunir el dinero para pagarse el pasaje de ida a la capital, se subieron en varios transportes públicos que, al cabo de unas diez horas, los dejarían a la entrada de la finca donde el año anterior habían trabajado como temporeros en la pisca del café. Ambos hermanos –Ever (19) y Arturo (17)- se las prometían muy felices, pues al fin podrían ganarse algunos quetzalitos. Aunque llegaran con una mano delante y la otra atrás, mantenían la esperanza de que, tras un mes largo de trabajo duro, regresarían a sus hogares con unas discretas ganancias. Sueños así son compartidos por un sinfín de indígenas, en cuyas aldeas solo se cosecha ocio. Siendo expertos en ensoñaciones, al disponer de algunos recursos, suelen encaminarse hacia otras regiones con ánimo de trabajar en el campo. Por lo general, lo logran, pero no siempre.

De hecho, al presentarse ambos hermanos ante el capataz, este les dijo con muy buenas artes que este año no los podría contratar, ya que la cosecha era más bien precaria. Ante tal contrariedad, ¿qué podían hacer? Viéndose solos en medio de la nada, sin un céntimo en el bolsillo y sin opciones a pisar, decidieron regresar andando a su aldea (Senahú), que se hallaba a unos 300 km de distancia. Con la resignación típica del indígena, se pusieron sin más en camino. ¡Frustrados, pero no hundidos! Descansaban a la sombra de algún árbol y comían practicando la mendicidad. Así fue cómo los encontramos.



Despidiendo a los hermanos Ever y Arturo después del almuerzo

Llevaban a la sazón más de treinta horas andando y apenas habían recorrido unos 80 km. Sin arredrarse, seguían avanzando, sabedores de que –tarde o temprano- acabarían llegando a su hogar. Me sorprendió constatar cuán bien armonizaban el fatalismo con la esperanza. Esta los empujaba hacia su aldea, en tanto su frustración los sumía en un nirvana rayano en el desespero. Son las paradojas que veces depara la vida. Así nos lo confesaron Ever y Arturo una que vez –tras beber una botella de agua- atenuaron su deshidratación y quizás su desconsuelo. Juntos recorrimos unos 100 km. Al llegar a un cruce de carreteras, los invitamos a almorzar, costeándoles también el transporte público hasta su aldea. Al despedirnos, pude percatarme de que

su gratitud les brotaba del alma. El radiante fulgor de sus ojos y el esbozo de sus tímidas sonrisas no se prestaban a equívocos. O, al menos, tal fue como lo entendí.

Departiendo con nuestros beneficiarios

Hay momentos que marcan un hito en la vida. Entre ellos, sitúo el encuentro con los más de 250 indígenas (chiquillada incluida) a quienes Fratisa reparte cada mes unas 110 canastas de víveres. Aun conociendo de antemano el protocolo, me impresionó gratamente el momento de la oración comunitaria, coreada por todos los circunstantes, por más que pertenezcan a distintas religiones. La fe, cuando se enroca en la vida, no entiende de credos ni de creencias. En realidad, fusiona en un abrazo místico a cuantos imploran la ayuda divina para no perder la ilusión en una sociedad donde ellos -al menos en apariencia- ejercen de perdedores. Al generarse un clima de fraternidad y cercanía, se disfrutaban aún más las ayudas humanitarias que todos los meses les brinda Fratisa. Cierto que con ellas no erradican su desnutrición. Pero, además de paliarla, les hace sentir queridos por unos amigos anónimos que -desde España- cooperan con sus donativos para que ellos puedan dinamizar su organismo.

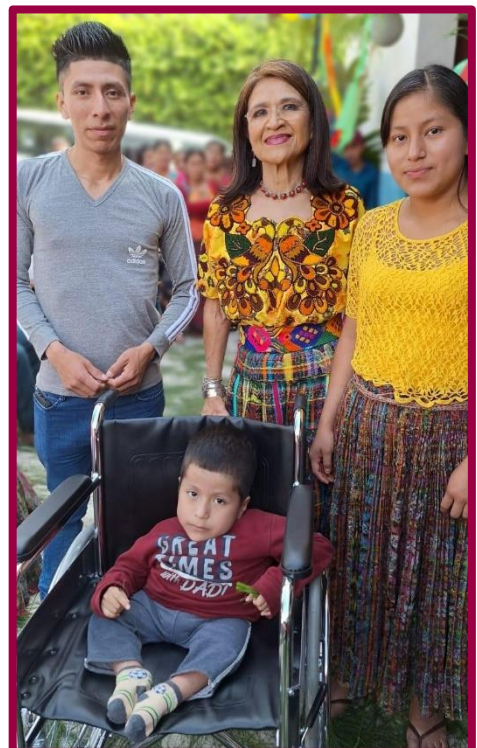


Siempre resulta gratificante departir con nuestros beneficiarios

Para mí, fue un encuentro muy entrañable. Algo que, por otra parte, considero bastante obvio. Y es que, con el paso de los años, cada vez se va afianzando más la mutua confianza. Ya no descubro en sus semblantes atisbos de recelo, algo que hasta hace poco se estampaba en cada rostro. Sin embargo, nadie vaya a pensar que todo fuera de color de rosa. También tuve que tragarme varios marrones, pues fueron muchas las señoras que casi me acosaban solicitando mi ayuda. Unas me pedían vivienda para su familia, otras botas para sus hijos descalzos, otras no sé cuántas medicinas... Tuve que ejercer de malabarista para no desairar a ninguna, aunque no pudiera complacerlas a todas.

Me pareció muy tierno el momento en el que se hizo la entrega de una silla de ruedas (costeada por una benefactora de Fratisa) al pequeño Ever Estuardo que había nacido con espina bífida. Sus papás irradiaban dicha, ya que con tal ayuda se les aligeraría bastante su carga. El niño se me antojó entrañable. No cesaba de desprender dulzura. Sin alharacas, fue una escena que archivé con todo gusto en el disco duro de mis vivencias.

Fue Asunción -una antigua amiga poqomchí- quien más me impactó al compartirme el drama de su hijo, Vagner. Ya en otras ocasiones, había congeniado muy bien con el muchacho (15 años), pues siempre ardía en ansias de complacerme. En apariencia, se le veía feliz y optimista. Pero solo en apariencia. De hecho, su madre, sumida en el sollozo, me narró con toda crudeza la desventura del patojo: violado de niño y traumatizado de joven, a punto estuvo de quitarse la vida. Tras evitar su suicidio, el neurólogo aconsejó internarlo de inmediato en el centro



Ever Estuardo, feliz con su nueva silla



El drama de Vagner, oculto tras su sonrisa

educacional “Don Bosco”, que los PP. Salesianos regentan en la ciudad de Chamelco. Mi amiga me pedía apoyo económico para costear el pago anual de la colegiatura en tal Centro. Sus lágrimas eran auténticas. La consumía el desgarró. La consolé prometiéndole ayuda. Y se la di. De hecho, un par de días después ella misma –en compañía de nuestro representante Raúl– se personó en el internado, saldando íntegra su deuda. Creo que situaciones así jamás deberían soslayarse. Nuestra labor misionera no puede inhibirse ante quien yace en el desespero. Mi amiga Asunción aún no ha cesado de agradecermelo.

Don Marcelino ha estrenado vivienda

Ya en otro momento se consignó que Fratisa, durante el presente año, se ha comprometido a construir ocho nuevas viviendas, casi todas en el caserío de San Francisco. Pues bien, la primera ha dejado ya de ser proyecto para convertirse en realidad. Desde hace unas tres semanas, la está disfrutando la familia Caal Tipol (9 miembros) que, según pude comprobar, se siente muy afortunada. Su finalización coincidió con nuestra llegada a Tamahú. Ello explica que la comunidad solicitara nuestra presencia para dar más realce a su inauguración. No obstante, el P. Antonio –en un alarde de sensatez– decidió quedarse en la parroquia, pues no se daba con ánimo para subir a través de su

angosto y empinado sendero. A fe mía que acertó.

Se convino que fuera la “misionera” quien la entregara. No podía negarme. Así pues, Raúl y yo el día señalado nos pusimos en marcha. Y – ¡oh, sorpresa!– antes de iniciar el ascenso nos topamos con toda la comunidad que nos estaba esperando para servirnos de escolta. La subida fue dura. Tan solo 1.500 m de recorrido, pero más de escalada que de paseo. Al fin, tras media hora larga de periclitarse, llegamos al caserío. Me emocionó ver con cuánto mimo habían decorado la nueva vivienda. Por otra parte, casi me estremeció constatar que todos los comu-



El solemne momento de entregar la nueva vivienda

nitarios irradiaban el júbilo que suele generar el hecho de saberse queridos. Y nadie ignoraba que Fratisa –a través de una benefactora– les expresaba su afecto ofreciendo una casita digna a quienes carecían de ella.

El acto fue tan breve como entrañable. Tras una alocución de Raúl en el idioma q’eqchí, se procedió a la entrega de las llaves, que forzosamente tuve que protagonizar. Sentí que me invadía una honda emoción cuando, tras cortar la cinta, se adentraron en la casa sus nuevos propietarios. En momentos así, se valora a fondo el bien que está haciendo



La numerosa familia Caal Tipol, casi al completo

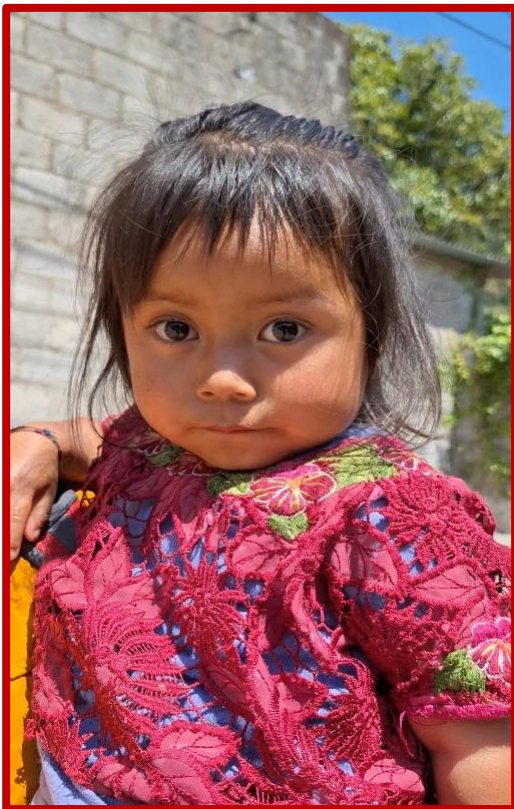
Fratisa. No me parece baladí que una familia numerosa pueda gozar de por vida las delicias de un hogar que, sin ser confortable, al menos la guarece del frío, de la lluvia y de la intemperie. La complacencia de la familia Caal Tipol, así como la de cuantos asistían al evento, alivió –al menos en parte- el derrengue de mis rodillas que, bastante maltrechas, me reprochaban mi osadía. Como consuelo, puedo añadir que el descenso fue peor que la subida. La pendiente se me antojó más pronunciada y peligrosa. Pero, aun así, llegamos sin novedad a Tamahú, donde se nos estaba esperando para festejar, con un succulento almuerzo, el nuevo hogar de don Marcelino Caal y familia.

Esta vez nuestra estancia fue bastante ajetreada. Y en ella pude de nuevo comprobar que en nuestra misión de Tamahú todo sigue igual y la vez diferente. Ello explica que, si bien me resulta algo pesado, nunca me faltan ganas de volverla a visitar.

Convivencias entrañables

Antonio Salas

Ya en varias ocasiones he compartido con nuestros lectores lo que suele suponer para mí una estancia en nuestra misión de Tamahú. Aunque solo dure una semana. Esta vez me voy a ahorrar el empeño, pues hago mío al respecto el sentir de la “misionera” Fátima que expone sin reticencia sus impresiones y sus vivencias.



“Yo bajo siempre con gusto a Tamahú”

Hay, sin embargo, un aspecto que ni ella ni yo hemos aireado nunca, por ser esta la primera vez que figuraba en nuestro programa. Y me explico.

Desde siempre he albergado la ilusión de personarme en las aldeas donde se pueda pulsar de cerca cómo sobrevive en ellas un sinnúmero de familias en la más extrema pobreza. Sin embargo, tal objetivo me ha resultado inasible. En parte por mis limitaciones somáticas y en parte también por no disponer de un todoterreno. Ciertamente que el P. Denis, desde hacía ya tiempo, nos había ofrecido el suyo. Pero los hados quisieron que tuviera un percance serio (junta de culata) y aún sigue en el taller. Ello hizo que mi mente se viera sacudida por el famoso refrán árabe: “Si la montaña no va a Mahoma, Mahoma irá a la montaña”. El reto no podía ser más certero. Eran los aldeanos quienes debían bajar a encontrarnos. Pues bien, tal estrategia funcionó.

Al optar por comunidades concretas, elegimos a las tres con las que más vínculos mantiene Fratisa: Pancoj, Pansup y San Francisco. Sabiendo que cada una cuenta con unas setenta personas beneficiadas por nosotros, se encargaron a un restaurante los almuerzos pertinentes, mientras a los aldeanos se les cursaba una cordial invitación. ¿Vendrían? Tal era la incógnita a despejar. Apelando a mi instinto, supuse que nos acompañaría una discreta representación, suficiente para animar la convivencia. Reconozco que erré. Jamás había pasado por mi cabeza que llegara hasta el apuntador. Pues bien, solo faltó que a un par de ancianos los

bajaran en parihuelas. Nadie quiso faltar a la cita, vistiendo para ella su indumentaria de gala. Nunca supe si el reclamo éramos nosotros o el yantar. La segunda opción se me antoja más verosímil. Para ellos comer carne o pollo se entiende como un auténtico banquete. Puedo garantizar, al respecto, que uno de esos días, tras dejar medio filete en mi plato, hice un guiño a una muchachita y en un santiamén la carne desapareció. ¿Gula o hambre? Apuesto por lo segundo.

Fue una experiencia muy grata. Ciertamente que ya antes nos habíamos reunido con un abultado número de indígenas durante el reparto de las despensas. Pero no era igual. Quienes ahora se juntaban, se conocían de toda la vida. Noté de inmediato que el ambiente se caldeaba con un flujo de empatía. En realidad, resultó muy fácil romper el hielo, pues todos vivían en el mismo caserío por lo que hablaban idéntico idioma. Puedo anticipar que las tres convivencias transpiraron ternura. Ello no impidió, sin embargo, que cada comunidad hiciera alarde de su peculiar idiosincrasia. Para calibrar este punto, nada creo tan eficaz como reflejar mi percepción al respecto.

Caserío de Pancoj

Nos habíamos citado a las 11.00 horas en los locales de Asumta. Nosotros, que acostumbramos a ser puntuales, llegamos al patio, topándonos con un silencio casi sepulcral. Poco me sorprendió, pues sé muy bien que ellos entienden la puntualidad de muy distinta manera. Para protegernos del sol, nos acercamos al salón comunitario. Y... ¡allí estaban todos los pancojenses! Al vernos, prorrumpieron en un cerrado aplauso. Era su forma de darnos la más cordial bienvenida.

De inmediato me sacudió el recuerdo de la vez que -hace ya seis años- llegamos de improviso a su caserío para notificarles que Fratisa se brindaba a construirles una vivienda para cada familia. En aquel entonces nuestra llegada fue todo menos triunfal: los maridos brillaban por su ausencia, las esposas nos miraban con estupor y los chiquillos huían corriendo, cual si fuéramos portadores de alguna epidemia. Pues bien, me solazó constatar que aquellas antiguas suspicacias quedaban ahora desplazadas por la más cordial efusión. Fue un momento emotivo. Sobre todo, al ver cómo las comadres, luciendo una encomiable cercanía, se abalanzaron hacia la “misionera” para colmarla de besos, arrumacos y abrazos. A mí también se acercaban, pero la barrera del respeto frenaba su alborozada expresión de euforia.

La convivencia iba ganando quilates conforme pasaban los minutos. Admiré los hermosos vestidos artesanales de las mujeres, recordando que años antes las habíamos encontrado casi envueltas en harapos. ¡Hay progreso



La siempre agradecida comunidad de Pancoj

en Pancoj! Tras unos compases de ajuste, las más osadas se acercaron a mí para exponerme un problema de fondo. Era el siguiente. Cuando, en el año 2018, Fratisa construyó una vivienda para cada familia, fueron nueve las agraciadas. Pues bien, desde entonces habían surgido tres familias más. Y estas no disponían de hogar propio. Apelaban, pues, a la generosidad de Fratisa para no quedar discriminadas. Dado que mi audición es bastante limitada, aunque a grandes rasgos entendí lo que me pedían, las remití a la “misionera”. Y esta, con su habitual sentido práctico, en un pispás sentenció: el próximo año Fratisa levantará una casita para cada una de las tres nuevas familias. ¡Todos felices!



Juana Beb, la mujer más fecunda de Pancoj: 11 vástagos

El almuerzo fue succulento: pepián de pollo con dos tamalitos, un cuenco de arroz, tortillas de maíz y un refresco con sabor a fresa. Tal menú les activó la euforia. Hasta los patojos de apenas dos años dieron cuenta de su ración para adultos. Creo que todos se sentían protagonistas de un cuento de hadas. El verse servidos por las camareras del restaurante les hacía sentir casi magnates. ¿Habrían gozado en toda su vida de un momento parigual? Lo ignoro. Lo que sí puedo asegurar es que disfrutaron a tope con las atenciones de Fratisa. Tras las

inevitables fotos de recuerdo (todos querían una) nos despedimos, sabedores de que en Pancoj contamos con una comunidad de amigos.



Un tierno recuerdo con los comunitarios de Pansup

Aldea de Pansup

El día dedicado a convivir con la comunidad de Pansup fue muy similar y a la par muy distinto. Ante todo, cabe señalar que los pancojenses son evangélicos, mientras Pansup hace alarde de su etiquetado católico. Esto allanó el camino para que la oración comunitaria resultara más efusiva. De hecho, tomando la palabra don Francisco (consejo de ancianos de Tamahú), les lanzó una enjundiosa homilía, culminando con una sentida oración comunitaria. Me fijé en la expresión de sus rostros mientras oraban y quise descubrir en ellos la más viva expresión de gratitud. No en

vano Fratisa les había construido diez viviendas en su proyecto de 2022. Y con ellas les había cambiado la vida.

Así se afanaban por compartírselo a la “misionera”, ante quien obviamente se sentían más desinhibidos. Ya la conocían de antemano, pues el pasado mes de julio (en compañía de Victoria, Pamela y Jose) los había visitado en su caserío. Siempre he sabido que los indígenas son expertos en almacenar recuerdos. Y, si estos son placenteros, se traducen en gratitud. Por eso me sorprendió de forma muy grata la familiaridad que todos mostraban con Fátima y que también me brindaban a mí, por más que su efusión fuera más comedida.

Aunque nada pude entender, pues don Francisco se expresaba en lengua q'eqchi, sí pude percibir en sus semblantes una pose de recogimiento, mientras agradecían a Dios lo mucho que -a través de Fratisa- se ha dignado ofrecerles. No en vano nuestro representante, Raúl Leal, les había concienciado en su momento de cuánto estaba haciendo Dios por ellos. Traté de bucear en sus mentes y descubrir su satisfacción por haberse topado con una Asociación (Fratisa) que les ofrece apoyo, no con palabras, sino con hechos.

El menú ofrecido por el restaurante resultó muy apetitoso: churrasco de ternera, frijolitos, ensaladilla rusa, chirmol, tortillas de maíz y un refresco con sabor a naranja. Puedo garantizar que dieron rendida cuenta de tan succulenta comida. De hecho, al finalizarla, las mesas quedaron limpias, desapareciendo, como por ensalmo, hasta los táperes acartonados donde se había servido. Tras las fotos de rigor, se despidieron de nosotros prodigando sonrisas, no sin antes invitarnos a visitarlos de nuevo en su caserío. Vi que Fátima sonreía, sin pronunciarse al respecto. Yo sí lo hice, apelando a mi edad como impedimento insalvable. Creo que me entendieron. Y es que, aunque muy pocos hablen español, poseen un sexto sentido que les permite captar cuanto es expresión de cariño.



Compartiendo el almuerzo ofrecido por Fratisa

Aunque nuestro contacto con los pancojenses lleve más años de rodaje, esta convivencia me ayudó a comprender que a nuestros amigos de Pansup -tal vez por vivir menos aislados- les resulta menos problemático romper el caparazón que suelen generar los traumas. Fueron unas horas de sintonía directa con la pobreza, endulzadas por el donaire de los comunitarios.

Caserío de San Francisco

Para mí, estos aldeanos eran los grandes desconocidos. Sabía que, al ser católicos, mantenían vínculos estrechos con la parroquia de Tamahú. Tampoco ignoraba que Fratisa les había construido tres viviendas y tenía en mente levantarles algunas más. Y, aunque me invitaron a inaugurar la casa recién terminada, decliné personarme en su caserío a causa de sus escabrosos caminos. Acordamos que, al finalizar el evento, me recogerían en la parroquia para compartir con ellos unas horas de convivencia. Y así se hizo.



El caserío de San Francisco, presumiendo de niños lozanos

Este encuentro rompió todos mis esquemas y, de haberlos tenido, también habría ahuyentado mis prejuicios. Para darnos la bienvenida, habían instalado en el salón nada menos que una banda musical con su correspondiente coro. Me embargó una emoción que jamás había sentido. Las canciones que nos dedicaron, aunque su letra fuera q'eqchí, me ayudaron a pulsar un mundo de

fraterna armonía. ¿Cómo no admirar -por otra parte- el empeño de Diego (9 años) que, con un instrumento artesanal, marcaba el ritmo a los musicantes? Tras digerir el impacto, comenzó a bullir en mi mente la siguiente pregunta: ¿Cómo habrán transportado un equipo tan pesado? Y es que solo sus altavoces ostentaban una altura afín a la de una persona. Su respuesta no pudo ser más lacónica: “Cargándolo en la espalda”. ¡Ver para creer!

La convivencia estuvo amenizada con el entusiasmo de su cocode (líder), don David. Era él quien, en su momento, había solicitado a Raúl viviendas para quienes carecían de ellas. Y también se convirtió en el animador de nuestro encuentro. Ya de entrada, me percaté de que esos aldeanos eran bastante más abiertos y efusivos. Quizá se deba a que vienen con más frecuencia al pueblo, acostumbándose al trato con los foráneos. Aun ignorando el motivo concreto, puedo decir que casi de inmediato me sentí contagiado de su euforia. Minutos después, lucíamos como una gran familia.



El coro y la banda de San Francisco, amenizando el almuerzo

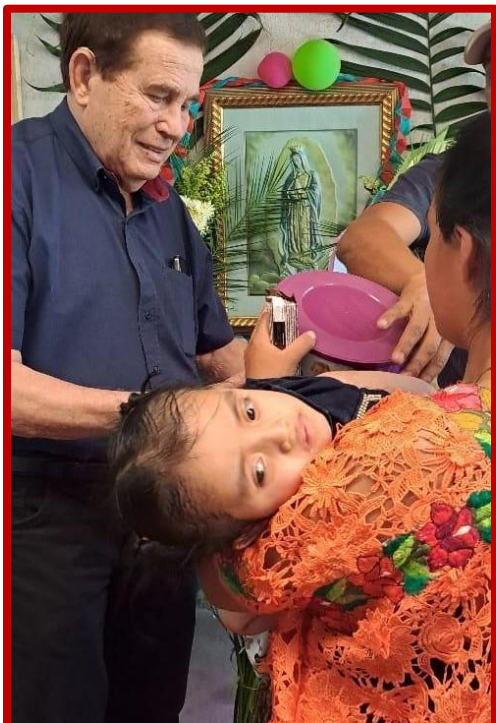
A la comida, servida con esmero y puntualidad por el restaurante “Doña Vicky”, una vez más la calificué como exquisita: pollo asado, cuenco de arroz, tortillas de maíz y refresco con sabor a jacaranda. Aunque la voz cantante la llevara su cocode, la “misionera” y yo también les dirigimos unas palabras. Y no fueron solo de cortesía. Intentaban expresar el júbilo que siente Fratisa al mejorar el nivel de vida de esas nueve familias sumidas en una extrema pobreza.

El momento de las fotos fue casi apoteósico. Las muchachas se disputaban el honor de sacarse una con nosotros. Y los patojos se arreglaban el cabello para lucir más guapos. En pocas palabras, me cautivó el grácil desenfado de aquella comunidad, ansiosa de mostrar, más con gestos que con palabras, su profunda gratitud. Les garantizamos seguir construyéndoles casitas. Y, al saber que carecen de luz eléctrica, les prometimos también un panel solar para cada hogar.

Tras despedirlos, me percaté que casi me habían robado el alma

Raúl Lea

Nada nuevo creo consignar diciendo que el trasiego de pacientes sigue su curso habitual. Me gratifica sobre todo constatar que las terapias de Fundabiem, a pesar de las restricciones impuestas por el Centro, se continúan aplicando con normalidad. Incluso la pequeña Jeymi (Pansup), que sufre parálisis cerebral, está recibiendo una esmerada atención. No puedo por menos de admirar el tesón de su madre (Saida) que, en los días convenidos, la baja de su caserío tardando una hora y media hasta llegar al punto de salida. Incluso hace unos días afrontó con entereza una amarga decepción. Tras el esfuerzo que supone descender con su hija en brazos (lleva además otro bebé a la espalda), al llegar a Fundabiem no le aplicaron la terapia porque la criatura padecía bronquitis. La pobre mamá lo aceptó resignada, aunque no me ocultó su desencanto. No era para menos. Ella sabe muy bien que seguiremos haciendo lo posible para que su niña se acabe recuperando.



Jeymi ya se va recuperando

Triste es también el caso de Hugo Cha Xo, cuyo hermano (Edgar) había muerto en la cárcel al no superar una crisis epiléptica. Últimamente viene sufriendo convulsiones muy intensas. Desde hace varios años, Fratisa le proporciona los medicamentos, aunque sean bastante costosos. Ignoro si se ha descuidado a la hora de tomárselos, pero lo cierto es que se encuentra muy deteriorado. Tras llevarlo al hospital, se ha visto que solo una resonancia magnética cerebral permitirá diagnosticar los avances de su dolencia. Ciertamente que la resonancia es muy cara,

pero Fratisa no lo va a abandonar.

Aunque no haya día en el que no deba atender a varios enfermos, renuncio a enumerar cada caso concreto para no hacer tedioso mi informe. Más bien me animo a compartir algunas situaciones donde lo trágico queda edulcorado por lo grotesco.

Juan Beb, el hombre de las siete vidas

He trabado bastante amistad con un señor italiano (Nino Moro) que todos los años suele pasar un tiempo en Tamahú para ejercer un voluntariado, sobre todo con la parroquia. De hecho, este año ha restaurado con sumo esmero los dos altares laterales de la iglesia, que clamaban a gritos por recobrar parte al menos de su lustre original. En una de nuestras conversaciones le compartí mi intención de acercarme al caserío de Pancoj para visitar a un anciano que estaba al borde de la muerte. Al menos, así lo pensaba yo. Nino, que es un “joven” de setenta años, mostró vivo interés de acompañarme.



Nino Moro, ejerciendo su voluntariado

Sabedor de cuán arduo resulta llegar hasta allí caminando, quise ahorrarle algo de fatiga. Subimos, pues, a un bus en Tamahú, transbordamos a otro en San Julián, llegando hasta Purulhá donde nos subimos a una moto taxi que nos dejó en la misma cima del monte (2.300 metros). Y desde ella iniciamos el descenso hasta el caserío. Nadie vaya a pensar que fuera fácil. Tardamos una hora larga en llegar. Pero, una vez allí, vimos que

no había sido vano el esfuerzo. Los aldeanos nos recibieron con vivas muestras de cariño, ofreciéndonos una taza de café (es casi lo único que tienen). Tras recorrer las nueve viviendas que en su momento les construyera Fratisa, nos tomamos un respiro en la casa de Juana Beb que –según se me había dicho- acababa de alumbrar su undécimo vástago. Obvio era, por tanto, darle nuestro más cordial parabién.



Don Juan Beb, departiendo con su familia

Aun siendo muy grato el coloquio con ella, me consumía el ansia de visitar a don Juan, quien llevaba cuatro meses postrado en cama por una enfermedad que nadie había sido capaz de diagnosticar. Para mis adentros, pensaba que el buen señor estaría a punto de emprender su postrer viaje y rendir cuentas al creador. Mi intención era animarlo, consolarlo y cumplir –si fuera posible- su último deseo. Al acercarnos a su

casa, percibí un ligero barullo de personas que entreveraban las risas con los susurros. Mi curiosidad se intensificó. No acababa de entender cómo, ante un moribundo, se podían hacer chanzas y gastar bromas. Pues bien, toda mi perplejidad se eclipsó cuando, a escasos metros de su vivienda, vi que de ella salía el propio Juan Beb, recibiéndome con un semblante sereno y una cálida sonrisa. Entendí de inmediato que el enfermo seguía aferrado a la vida. Fue un momento digno de almacenar en el disco duro de mis recuerdos.

Tras mantener un breve y enjundioso diálogo con él, vi claro que don Juan –aun sin estar del todo recompuesto- se mostraba vivaz y dicharachero. No me lo podía creer. Sabía, desde luego, que tanto su esposa como su hija lo habían atendido con sumo mimo. Tampoco ignoraba que se le habían recetado varias medicinas. Pero lo que me descolocó fue verlo tan entero y redivivo. Estuvimos un rato de tertulia, celebrando su recuperación. Al preguntarle Nino por su edad, confesó tener 70 años y con bríos para vivir al menos otros veinte. Compartimos su euforia, sorbimos con calma nuestro tazón de café y comenzamos a descender hacia Tamahú. Según me confesó después Nino, si el viaje de ida le había resultado azaroso, el de regreso lo dejó casi exhausto. Aunque en continuo descenso, fueron tres largas horas de sortear obstáculos a través de veredas y senderos donde no siempre resultaba fácil mantener la verticalidad. Al fin, conteniendo al resuello, avistamos en lontananza las primeras casas de Tamahú.

No siempre se puede brindar ayuda

En nuestro medio abundan los sinsentidos. Por más que lleve bastantes años bregando con los colectivos indígenas del municipio, nunca presumiré de conocer a fondo sus reacciones. Si hubiera tenido alguna duda al respecto, me la quitó el proceder de Ana Victoria Coc Caal, del caserío de Pantic. Refiero brevemente lo que con ella me ocurrió.



El preocupante deterioro de Hugo Cha

Una mañana, estando en mi oficina, recibí una llamada de la enfermera del Centro de Salud de Tamahú, solicitando mi apoyo para realizar unos exámenes de laboratorio a los dos hijos de la señora Ana Victoria: Yanira Maribel (12 años) y Alexis Vladimir (9 años). Dado que su madre estaba aquejada de tuberculosis, procedía someterlos a rayos X en el hospital de Cobán para descartar un posible contagio. De buen grado me ofrecí a ayudarles, solicitando la presencia de la mamá en mi oficina para programar conjuntamente el protocolo.

Efectivamente, llegó. Pero tardé muy poco en percatarme de que su interés era casi nulo. Con una exasperante galbana, se dirigió a mí, llamándome don Julio, mientras a la enfermera le asignaba también un nombre que no era el suyo. ¡Pintaban bastos! Aun así, me brindé a llevar a sus dos hijitos para que fueran evaluados en el nosocomio de Cobán. Convinimos vernos a la mañana siguiente (6:30) en el punto de encuentro. Y allí estuve



El señorial bastón de doña Antonia Quej

yo, pero no ella. Tras esperarla durante un cuarto de hora, decidí llamarla por teléfono. Pues bien, la señora todavía se encontraba en su aldea y, por su manera de hablar, daba la impresión de no tener prisa alguna. Al recordarle su compromiso, me respondió casi con desgana: “Si me espera un tantito, me arreglaré y bajaré con mis dos hijitos”. Quien entienda mínimamente, no lo que se dice sino lo que se quiere decir, capta de inmediato que es una manera remilgada de decir no. En todo caso, vi claro que no tenía la menor intención de encontrarse conmigo. Aunque por una parte me invadiera el enojo, por otra me dominó la pena. Me daba, en efecto, mucha lástima constatar que, por una desidia arropada en los prejuicios, Ana Victoria se negaba a que la ciencia se ocupara de sus hijos. Pero no me quedó más remedio que asumirlo, pues, ante la tozudez, es inútil razonar.

A pesar de lo recién descrito, sería falso pensar que en la pastoral de enfermos solo se cosechen sinsabores. Tampoco faltan momentos que solazan muy a fondo el alma.

Para no ser prolijo, me limitaré a realzar algunos, tan tiernos como gratificantes.

Me gratificó, en efecto, toparme con doña Antonia Quej (79 años), que iba abriéndose camino apoyada en un tosco y endeble palo con el que apenas lograba mantenerse en pe. Me conmovió tanto la ancianita que me fui directo a la tienda de Cáritas parroquial, donde le compré un bastón casi señorial. Al entregárselo fue tal su alegría que no cesaba de repetir: “Don Raúl me ha regalado un precioso bastón”. Claro que se lo regalé, pero en nombre de Fratisa.

Me gratificó comprobar que don Sebastián Sam, de la aldea de Popabaj, cuya úlcera no cesaba de crecer y atormentarlo, se encontraba ya mucho más sereno y reconfortado. Los medicamentos y las atenciones que le hemos proporcionado han frenado los avances de su dolencia. Ignoro si logrará salvarse, pero al menos va por muy buen camino y ha menguado bastante su dolor.

Me gratificó visitar al niño Antonio Fernando Pop, a quien años antes habíamos llevado a Fundabiem para que recibiera sus



Antonio Fernando ha recobrado su sonrisa

terapias. A pesar que haber perdido hace muy poco a su mamá, lo encontré con un excelente estado ánimo y con una clara mejoría en sus piernas. Es casi un prodigio, pues al principio no podía caminar.

Son, en verdad, muchas más las situaciones que me inundan de júbilo. Y es que el prestar ayuda a personas enfermas, desvalidas y desprotegidas no puede por menos de generar ilusión. Con ella, seguiremos abriendo camino.

CUADRO DE PACIENTES ATENDIDOS POR FRATISA – MARZO, 2024

DESCRIPCION	CANTIDAD
Pacientes trasladados a neurología	01
Medicinas entregadas a pacientes de neurología	19
Medicinas entregadas a pacientes diabéticos	01
Pacientes trasladados a oftalmología	01
Medicinas entregadas a pacientes de oftalmología	01
Pacientes trasladados a Fundabiem	03
Asistencias durante el mes en Fundabiem	09
Pacientes trasladados a diferentes hospitales	07
Otros traslados	03
Consultas médicas privadas y medicinas entregadas	05
Leche pediátrica entregada (botes)	12
Pacientes que recibieron medicinas con receta	32
Extracción de piezas dentales	13
Pacientes a quienes se les realizó examen de laboratorio	01
Pacientes a quienes se les realizaron ultrasonidos	02
Visitas a familias y enfermos	18
Entrega de granos básicos y otros	02
Entrega de una silla de ruedas	01
Entrega de un bastón	01
Entrega de pañales desechables	02

Tañendo la campana

EMILIO ÁLVAREZ FRÍAS

No puede extrañar que digamos que, en nuestras salidas a recorrer España, nos encanta brujulear por los campos donde es fácil encontrar rescoldos de las andanzas de las diferentes culturas que en ella han habitado. En esta ocasión, mientras caminamos, nos vienen a la mente Ever y Arturo, los dos jóvenes que desde la aldea de Senahú hicieron un largo recorrido a pie para, según nos cuenta Fátima, trabajando de temporeros, pisar el café con el fin de conseguir unos jornales para la pervivencia de su familia. Nuestro caminar es más descansado, más cultural, pero en cada zancada anda una sílaba del padrenuestro que rezamos por esta gente de la montaña de la que nadie se acuerda, por la que nadie se preocupa, abandonada a su suerte de subsistencia y conformidad.

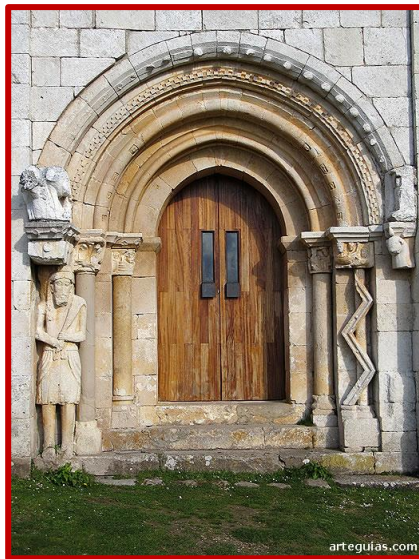


En esta ocasión anduvimos por tierra burgalesa, recorrimos el Valle de Mena, lleno de vestigios románicos, hasta enlazar con el Valle de Losa, que era nuestra meta. Porque, subiendo la espectacular peña en forma de barco que surge provocativa, es donde se encuentra encaramada la ermita

de San Pantaleón de Losa, joya del románico de las Merindades, consagrada en 1207, y lugar que se cree estuvo vinculado con el Santo Grial, y casi seguro que guardó una amplia reliquia de San Pantaleón. Lugar destacado allá por el siglo XIII pues estaba al pie de la calzada romana que unía la Mesta con el Cantábrico. Perteneció a varios monasterios hasta el siglo XIII que fue donada a los Caballeros Hospitalarios de Vallejo de Mena. Dada la inclinación del terreno, la ermita es de una sola nave, razón por la cual cuando en el siglo XV se decidió su ampliación se optó por construir una nave gótica. La portada es sensacional, siendo lo más destacado un atleta en el que unos ven a Sansón y otros a San Pantaleón. El interior está muy trabajado, apareciendo numerosos rostros y cabezas de personajes embutidos en las arquivoltas, así como de animales con misteriosa iconografía, lo que es símbolo de no ser un edificio cualquiera.



Hace muchos años la visité por primera vez y quedé profundamente enamorado del lugar. Por ello, en una fecha como la Semana Santa dedicada al Señor, teniendo en el pensamiento a los hermanos de Tamahú, recordando el drama del joven Wagner, nos apeteció dirigir nuestro peregrinar hacia un lugar en el que es fácil la meditación, soñar ante lo hermoso que es vivir y lo relajante que resulta disfrutar de las obras que es capaz de hacer el hombre cuando está en el Camino. Y en aquel recóndito lugar, disfrutar de la soledad para pensar en la humanidad. En el interior del templo que tanto conoce por las visitas que le han hecho a lo largo de los siglos, acogiéndonos al ambiente de relajación absoluta que ofrece, rodeados de piedras talladas en el siglo XIII, reflexionamos respecto al abandono que los hijos de Dios tenemos del Padre, incluso en los días que se conmemora la muerte del Hijo que mandó a la tierra a enseñarnos cuál era el Camino. Han transcurrido más de veinte siglos y seguimos igual. Dándole el beso en Getsemaní, empujándole, haciéndole caer por el Calvario para, al llegar al Gólgota, clavarlo en la Cruz.



Con la intención de ayudar a la grey que vive en las montañas de Tamahú, rezamos por los hermanos que nos esperan en cada amanecida. Y muy intensamente para que el Señor no olvide, aunque no lo merezcamos, a toda la humanidad; a los que están en guerra, a los que la provocan, a quienes ensordecen a las muchedumbres con incitaciones a la maldad, a quienes las confunden con la mentira. A todos. A los que siguen sus normas y a los que las han olvidado o las desprecian. A los primeros no les viene mal un repaso y los segundos lo precisan con el fin de que vuelvan al redil.

quienes ensordecen a las muchedumbres con incitaciones a la maldad, a quienes las confunden con la mentira. A todos. A los que siguen sus normas y a los que las han olvidado o las desprecian. A los primeros no les viene mal un repaso y los segundos lo precisan con el fin de que vuelvan al redil.

FRATISA

Si quiere hacer un donativo periódico, le sugerimos que nos mande esta misma hojita, rellena con sus instrucciones, y Fratisa enviará un recibo contra su cuenta corriente con la periodicidad e importe que usted nos indique.

Nombre _____ Dirección _____ nº _____ Piso _____

Localidad _____ CP _____ Provincia _____ Móvil _____

Correo-e _____

Cuota de socio _____ € (mínimo 10 € al mes)

Nº de cuenta Iban: ES _____ . _____ . _____ . _____ . _____

Periodicidad: Mensual – Trimestral – Semestral -- Anual --

Titular de la cuenta _____

También puede hacer su donativo ingresándolo en la cuenta abierta a nombre de
“Fundación Isabel de Lamo Patts – Fratisa”, en el Banco Santander.

Iban ES90.0049.1182.3226.1040.0538

Si desea leer algún otro número atrasado de este Boletín, consulte nuestra Web:

www.escuelabiblicamadrid.com / Fratisa / Publicaciones



Cuando Fratisa encaminó hacia Tamahú su obra de apoyo a los indígenas más desfavorecidos, centró su interés en la pastoral de enfermos y discapacitados. A partir de entonces, no han cesado de aumentar los que acuden a nosotros en busca de ayuda, siendo nuestro representante Raúl Leal quien -desde un principio- gestiona tan ardua labor. Nos complace saber que cada vez se intensifica más su dedicación y su espíritu de entrega. Fratisa, muy consciente de la importancia de este proyecto humanitario, invita a sus amigos y colaboradores a que, en la medida de sus posibilidades, ofrezcan un donativo periódico para mantenerlo o incluso potenciarlo.

Toda ayuda es de agradecer - ¡Muchos pocos hacen un mucho!